

siástico. Tan pronto como el joven Boyneburg se hubo consolidado en su nuevo puesto, se convirtió en 1653 a la religión católica, quizás porque entrara ya con esta condición al servicio del elector, pues que no se concebía un primer ministro protestante de un príncipe católico, príncipe de la Iglesia y archicanciller elector del electorado. Boyneburg probablemente sacrificó su creencia religiosa en aras de su ambición, porque le animaba la idea de hacer del elector de Maguncia la columna principal de la política del imperio, para lo cual fué indispensable que se declarase católico. Su soberano el príncipe elector quiso procurarle el cargo de vicecanciller del imperio; pero esta idea se estrelló contra la negativa de la corte imperial. Boyneburg no fué un renegado vulgar. Su correspondencia con Couring, que trató de detenerle cuando se hizo católico, pero que no le retiró su amistad cuando lo realizó, es un monumento honroso para los dos amigos. Boyneburg da á conocer en sus cartas que dominaba perfectamente las controversias religiosas; pero ocupándole exclusivamente la política, no quería tomar parte en las guerras de pluma. Quiso que todos los que le conocían creyesen en la sinceridad de su convicción religiosa, y que bien podía ingresar con toda reflexión en la iglesia antigua que su abuelo había abandonado tan irreflexivamente. No se entregó con las manos atadas, porque continuó mirando con antipatía á los jesuitas, y en cuanto á la posición del papa en la Iglesia fué partidario de las teorías galicanas. Le atrajo la idea de la unidad y de la tradición histórica, pero su alma quedó agena al odio de los polemistas, y aun convertido ya á la iglesia católica, no renegó de la influencia pacífica de la escuela de Helmstadt.

Después de su caída política en 1664 vivió todavía Boyneburg en Maguncia y Francfort ocupado en estudios científicos y viéndose consultado frecuentemente en asuntos políticos. El fué quien descubrió por decirlo así al joven Leibnitz y le introdujo en la sociedad política distinguida y entre las personas científicas, y también continuó sus relaciones con sus amigos de Helmstadt hasta su muerte que ocurrió en 1672.

Enrique Julio Blume fué otra pérdida sensible que experimentó en aquella época el protestantismo. Este joven había sido ya designado para catedrático de historia eclesiástica en la escuela de Helmstadt, pero durante su permanencia repetida en Italia había concebido dudas respecto de la fe religiosa (1). Enviado en 1651 por los duques de Brunswick con una misión confidencial á Italia para disuadir al hermano de estos últimos de que abrazara el catolicismo, no solamente no cumplió este encargo, sino que se inclinó cada vez más á la religión católica á consecuencia del trato con eclesiásticos romanos y con diferentes conversos alemanes que vivían en Roma. Cuando volvió á Alemania estaba ya medio convertido, y fueron inútiles todas las reflexiones de Couring, pues en 1653 se declaró católico en Regensburg durante el parlamento reunido en aquella ciudad. Se dedicó también á la política entrando primero al servicio del elector de Maguncia, y después al del emperador, y llegó á elevados puestos.

Tuvo una parte muy decidida en su conversión otro alumno de Calixtus, Cristóbal de Rantzau (2), noble de Holstein, en otro tiempo partidario entusiasta de Calixtus. Rantzau, hallándose en Roma en 1650, fué inducido á hacerse católico por otro converso alemán, llamado Lucas Holstenius,

(1) Gruber: *Commercii Leibnitiani... tomus prodromus* (Hanover y Gotinga, 1745), tomos I y II; Henke: *Jorge Calixtus*, tomo II, página 66; Rass: *Los conversos*, tomo VI, pág. 558; Hoher: *Historia de Hanover y Brunswick*, tomo I, págs. 355, 366 y 378.

(2) Kocher, tomo I, pág. 356; Rass, tomo VI, pág. 366.

director de la Biblioteca Vaticana, y de tal modo se convirtió que fué luego un celoso apóstol del catolicismo y en una carta dirigida á Calixtus confesó que este último le había indicado el camino de su conversión con su juicio conciliador sobre la iglesia católica (3).

También fué una pérdida para el protestantismo el citado Lucas Holstenius, natural de Hamburgo (nació en 1596 y murió en 1661), que se había pasado al catolicismo en París ya años antes, y quizás le indujo á este acto la seducción de las bibliotecas de Francia y de Roma. Cuando este infatigable erudito llegó á ser director de la Biblioteca Barberini y después de la Biblioteca Vaticana, mostró con sus tareas constantes de conversión su agradecimiento por estos destinos que tanto le gustaron.

Una marcha semejante tuvo la vida de Pedro Lambeck, escribano de Holstenius é historiador notable que nació en 1628 y murió en 1680. Siéndole estrecha la vida de maestro erudito, y deseando librarse de las cadenas del matrimonio, huyó de Hamburgo dejando abandonados la esposa y el empleo, y se arrojó en brazos de la iglesia católica. Ambicioso como era, en su ramo de erudición había conseguido una notable fama literaria, no obstante la cual, en vano se había esforzado siendo protestante por conseguir un empleo adecuado en Viena; mas apenas hubo efectuado en agosto de 1662 su conversión en Roma, se le abrieron las puertas del palacio imperial y fué nombrado historiador del Imperio y poco después ascendió á director de la Biblioteca Imperial de Viena (4).

Los hombres que aquí hemos presentado resultan naturalmente los representantes más visibles de las clases sociales á que pertenecían, y por lo mismo su conversión llamó la atención del público sirviendo también de ejemplo á otros. Pero fueron innumerables los demás que sin ser personas de gran fama les imitaron, y no solamente los sujetos de mucha ambición encontraron el modo de satisfacer sus propósitos en el seno de la iglesia antigua, sino que también se contentaron ambiciones mucho más humildes y humildísimas que vieron satisfechas sus pretensiones ya en Roma, ya en Viena, ya en Munich y Maguncia, y aún en las cortes católicas más diminutas. Precisamente á los conversos se facilitaban más que á otros las colocaciones, tanto que solo en el parlamento de Regensburg de 1653 la propaganda católica obtuvo más de noventa triunfos (5). No podemos mencionar los fecundos resultados de la propaganda católica obtenidos silenciosamente por la conversión de mujeres, porque este trabajo quedó naturalmente cubierto con el velo del secreto.

El síntoma más grave fué que el espíritu de apostasía penetró también en las familias soberanas protestantes, pues que todas ellas tuvieron uno ó varios conversos, si bien en la mayor parte de los casos los motivos fueron muy materiales (6).

En tiempo de la gran guerra se efectuaron ya en las clases soberanas y de gran señorío conmociones religiosas, empezando la familia soberana del Palatinado, ya antes de la guerra, la serie de conversiones con la del conde Guillermo

(3) Es muy probable que fuera obra en su mayor parte de Holstenius la epístola que circuló en Roma en 1651 y que fué repetidas veces reimpressa, en la cual Rantzau expone los motivos de su conversión. Esta epístola lleva por título *Epistola Chr. R. ad Georgium Calixtum*. También se encuentra el pasaje citado en Rass, tomo VI, pág. 398.

(4) Véase sobre este literato la *Biografía general alemana*, tomo XVII, pág. 533.

(5) Kocher, tomo I, pág. 378.

(6) En la obra de Putter: *Constitución de estados*, tomo II, página 336, se encuentra una lista de estas conversiones muy incompleta, y muchas se encuentran en la obra de Rass.

de Neuburg. Dos hijos del príncipe elector y rey de Bohemia Federico V abjuraron también su fe protestante, á saber, el conde palatino Eduardo, que se casó en París con la princesa Ana de Gonzaga-Nevers, y la condesa palatina Luisa Holandina, que también se colocó en la corte de Francia después de haberse convertido al catolicismo y fué recompensada con la rica prebenda de abadesa de Maubuisson, ha-

biendo conservado hasta su muerte en 1709 fama de gran talento y de liviandad (1). También abjuraron el protestantismo varios condes de Nassau, familia que tantos adalides había dado á la Reforma (2). El duque Julio Enrique de Sajonia Lauenburgo se casó en terceras nupcias con una viuda de Bohemia (Colowrat), que poseía muchos territorios, lo cual hizo que el duque abjurara su religión protestante, y le



Antonius Ulrichus
D. S. Dux Brunsvicium
Natus 4 Oct. 1620.
et Lüneburgensium. &c. &c.
Obitus 27 Mart. 1704.

El duque Antonio Ulrico de Wolfenbuttel
De un grabado de Andrés Mateo Wolfgang (1660-1736)

imitó su hermano menor. Ya hemos tenido ocasión de mencionar á un converso de la casa de Baden-Durlach. Por lo que respecta á la familia soberana de Wurtemberg, se convirtió el duque Rodrigo al catolicismo, entró al servicio de Venecia y combatió contra los turcos. Su primo el duque Ulrico, de la rama de Stuttgart de aquella familia, abjuró también con ocasión de casar una hija suya en 1651 con el duque católico de Aremberg. No obstante, el citado duque Ulrico, uno de los guerreros más notables de aquella época,

ca, al cabo de algun tiempo volvió en Stuttgart á ingresar en el gremio protestante (3).

La casa de Brandeburgo tuvo su converso en la persona del marqués Cristian Guillermo, que hasta la ocupación de Magdeburgo por el elector había sido administrador del arzobispado. Hallándose después prisionero del emperador se dejó persuadir á entrar en la religión católica, y siendo viejo ya y sin hijos, después de la muerte de su primera esposa en 1650 se casó con la condesa bohemia de Martinitz. Este matrimonio sembró la inquietud en la corte de Berlín, temiéndose que aquel marqués, á pesar de sus 63 años, llegara á fundar una rama católica de la familia de Brandeburgo.

(1) Véase Hauser: *Historia del palatinado rhiniano*, tomo II, página 516. Además las memorias y correspondencias de la época mencionan con mucha frecuencia á esta señora.

(2) La codicia que excitaban las grandes riquezas de la Iglesia creó el protestantismo; y la ambición convirtió después á muchos protestantes. Si el clero hubiera sido pobre, Lutero no habría tenido prosélitos. (N. del T.)

(3) Véase Sattler, tomo X, pág. 243; Riss, tomo VI, pág. 456, niega el ingreso del duque sin fundamento ninguno en el protestantismo.

Pasó, sin embargo, el peligro, porque en 1665 murió el marqués sin dejar sucesión (1). Ambas ramas de la casa de Hesse tenían representantes entre los conversos. El landgrave Federico de Hesse-Darmstadt, hijo menor de Luis el Leal, se había convertido ya al catolicismo en 1636 á la edad de 20 años é hizo una carrera eclesiástica brillante, porque llegó á ser cardenal y príncipe obispo de Breslau. Murió en 1682.

La iglesia antigua hizo una adquisición intelectual bastante importante en la persona del landgrave Ernesto de Hesse-Rheinfels, que era hijo menor de Mauricio de Hesse-Cassel y fué fundador de la nueva rama de Hesse-Rotenburg. Nació en 1623 y murió en 1693 (2). En su juventud habíase distinguido en el ejército hessés como guerrero valiente, y hecha la paz tomó el gobierno de su pequeña herencia que era el condado de Katzenellenbogen con el castillo de Rheinfels. Para conseguir ciertos propósitos, y hallándose en divergencia con la rama principal de Hesse, se trasladó personalmente á Viena, y es mas que probable que se hiciera católico para asegurarse el apoyo de la corte imperial. Entró en Viena en relaciones con el capuchino Valeriano Magni, muy nombrado en los asuntos de conversión de elevados personajes; viajó luego por Italia y Francia y volvió á su patria con la resolución de ingresar en el seno de la iglesia católica. En diciembre de 1651 organizó en su castillo de Rheinfels, probablemente para justificar su conversión, una conferencia religiosa, en la cual disputaron por una parte el amigo del landgrave, el padre Valeriano, con otros capuchinos, y por otra algunos teólogos protestantes, sobre el primado del Papa y sobre su infalibilidad en materia de doctrina. Se había invitado también á la discusión á Calixtus de Helmstadt y á Crocius, catedrático de Marburgo; pero estos no se presentaron, y la conferencia no dió mas resultado que el de siempre, á saber: que ambas partes pretendieron haber quedado vencedoras. Algunas semanas despues, en 6 de enero de 1652, el landgrave Ernesto y su esposa abjuraron el protestantismo en la catedral de Colonia y en manos del príncipe elector Maximiliano Enrique.

Por mucho que influyeran en la resolución del landgrave consideraciones mundanas, como hemos indicado, no dejarían de ejercer también su influencia motivos religiosos, porque el landgrave tenía un genio inclinado decididamente á la teología y una erudición nada comun en el terreno de las controversias eclesiásticas, habiendo continuado estos estudios investigando y escribiendo mientras vivió. Al parecer le sedujo en primer lugar la unidad de la iglesia católica romana con su no interrumpida tradición histórica; pero es probable que al abjurar la religion protestante se reservara su criterio independiente, tanto en materia del catolicismo como del protestantismo. En uno de sus muchos escritos expone francamente, como «sincero é inteligente católico,» segun dice el título de uno de ellos, tanto las ventajas de la religion protestante como los defectos de la iglesia católica, y dice que decidida la separación de las iglesias, se mantendrán por lo pronto ambas religiones en el terreno que se han conquistado, y que si se permitiera entonces á Lutero y á Calvino predicar libremente en la plaza pública se les silbaría; pero si se enviaran cinco santos de la órden franciscana á Estokolmo y Dresde tampoco conseguirían convertir á nadie. No obstante, continuó el landgrave hasta su muerte

(1) Véase *Documentos y actas*, tomo IV, pág. 883. De estos documentos resulta que por el partido católico se hicieron con motivo de este matrimonio toda clase de ilusiones y proyectos para el caso de que se extinguiera la rama protestante del electorado de Brandeburgo.

(2) Rommel: *Leibnitz y el landgrave Ernesto de Hesse-Rheinfels*, Frankfurt, 1847; Henke: *Jorge Calixtus*, tomo II, pág. 238.

siendo celoso adalid de la causa católica; hizo también prosélitos, pero no logró el triunfo que anhelaba mas, que era el de convertir á Leibnitz (3).

En la corte de la Sajonia electoral se sospechaba ya desde muchos años entre los diplomáticos y eclesiásticos la secreta inclinación de los príncipes al catolicismo, mucho antes de que el elector y rey de Polonia se hiciera católico en 1697. Ya en 1677 se cita la relacion de un jesuita alemán que había vivido largo tiempo en Dresde. Este jesuita llamó la atención hácia la gran simpatía que se manifestaba en la corte de Dresde á la iglesia católica, y sobre todo la que había observado en el elector Juan Jorge II, lo que le hizo aconsejar que se enviara á aquella corte á un personaje de confianza y habilidad para trabajar aquel terreno (4). Antes de la conversión de la casa electoral de Sajonia se convirtió en 1689 en París, por lo pronto en secreto, el duque Cristian Augusto de Sajonia Zeity, que mas adelante fué obispo de Raab en Hungría, y finalmente arzobispo de Gran y primado de Hungría y cardenal. Nació en 1666 y murió en 1725.

El primer soberano alemán que en aquella época abjuró el protestantismo fué el duque Cristian de Mecklenburgo-Schwerin, que efectuó el acto de abjuración como tantos otros en París en 1663, siendo Luis XIV su padrino de confirmación. Desde entonces se llamó el citado duque Cristian Luis. Segun se supone, el motivo inmediato de su conversión fué el divorcio de su primera esposa, conseguido el cual se casó luego con una Montmorency y desde entonces vivió casi siempre en Francia. Este degenerado príncipe alemán era partidario ciego de Luis XIV, y durante algun tiempo tuvo el propósito de ceder su principado de Mecklenburgo en cambio de Cléveris, para vender despues este ducado al rey de Francia. Su ausencia continua de su patria alemana preservó á ésta por lo menos de los peligros de un gobierno propagandista. Por el año 1680 un converso dinamarqués, Niels Stensen, con la aprobación del duque trató de dar gran desarrollo desde Schwerin á la catolización del Mecklenburgo, pero pronto murió sin haber conseguido resultados mayores y duraderos. Leibnitz dijo de él que de un gran naturalista había salido solo un teólogo mediano (5).

La casa de Brunswick tampoco se libró del peligro general. En la sucesión mencionada antes y en el reparto de la herencia entre los hijos del duque Jorge, el hijo tercero Juan Federico, que nació en 1625, no había recibido mas que una pensión alimenticia (6). Era un jóven de carácter grave que se interesaba por las ciencias y artes con tendencias á meditaciones religiosas. Segun la costumbre de la época había emprendido largos viajes, en los cuales le interesaban principalmente las cuestiones eclesiásticas. El catolicismo italiano

(3) Es singular que Rass no cite en su historia ningun extracto de los escritos del landgrave. En el tomo VI, pág. 500, se limita á decir que el landgrave se expresó á veces en sentido muy liberal hablando de religion y de culto, sin que esto disminuyera en nada su afecto filial á la iglesia católica (Rommel, tomo II, pág. 20). Respecto de Leibnitz hay que decir que se le consideraba en la corte del Palatinado electoral como personaje bufo hasta cierto punto. Véase la correspondencia de la duquesa Sofia de Hanover publicada por Bodemann, páginas 73 y 191.

(4) O. Mejer: *La propaganda*, tomo I, pág. 130, y tomo II, página 330.

(5) Plenker: *Vida del dinamarqués Niel Stensen*, Friburgo, 1884. Generalmente se llama á este personaje, latinizando su nombre, Nicolás Stenon (Stenonis). Boll: *Historia de Medenburgo*, tomo II, pág. 173; respecto del derecho de nombramiento de los dos obispos secularizados Ratzburg y Schwerin, véase Mejer, tomo II, pág. 252.

(6) Para lo que sigue véase principalmente la historia de Kocher, tomo I, pág. 351, y el artículo del mismo sobre Juan Federico en la *Biografía general alemana*, tomo XIV, pág. 177.

con su culto, sus doctrinas y espíritu impresionaron hondamente el genio del jóven; la vida ascética dura de las órdenes monásticas mas rígidas le entusiasmó; hasta los milagros groseros de un célebre fraile místico de Asís (1), considerado como santo, le deslumbraron, y finalmente sucumbió su criterio ante las meditaciones propias sobre la necesidad de una iglesia general y única, sobre la falta cometida por Lu-

tero al haber destruido esta unidad religiosa. Todo esto unido á la red que habían tendido los agentes de Roma para no dejar escapar esta presa distinguida, contribuyó á su conversión.

Los conversos alemanes Rantzau y Holstenius añadieron sus servicios á los esfuerzos de los jesuitas, y en diciembre de 1651 el jóven príncipe abjuró en Roma públicamente su



Godofredo Guillermo Leibnitz. De un grabado de N. Seelander

fe protestante y se hizo católico como lo había hecho ya secretamente algun tiempo antes.

Este suceso produjo gran consternación en su país, y á la primera noticia del peligro los dos hermanos mayores del príncipe enviaron al doctor Blume y á otro á Roma para evitar la conversión, pero no solamente no consiguieron su deseo, sino que el mismo enviado Blume sucumbió y se hizo católico también. Al cabo de cierto tiempo se efectuó una especie de reconciliación en la familia, pero como ésta de ningun modo quiso permitir que el príncipe practicara en su casa el culto católico doméstico, aun reducido á su mas

sencilla expresión, Juan Federico desde entonces prefirió vivir casi siempre en viajes, y su conversión no hubiera tenido consecuencias ulteriores si no hubiera muerto su hermano mayor el duque Cristian Luis de Celle. Este por no tener hijos nombró en 1665 heredero á Juan Federico, el cual poco antes había tratado de ser nombrado coadjutor del obispo de Munster y también gran maestro de la órden teutónica; pero al morir su hermano hizo valer érgicamente su derecho á la parte correspondiente de la herencia, consiguiendo de esta manera el principado de Calenberg Gotinga y Groubenhagen.

Viéndose este converso súbitamente príncipe soberano de un país protestante, la propaganda católica abrigó nuevas esperanzas de conquista. El nuevo soberano estableció inme-

(1) San Francisco de Asís no era ciertamente un embaucador, diga lo que quiera la leyenda. (N. del T.)

diatamente en su capital de Hannover el culto católico; una colonia de capuchinos se puso a trabajar con actividad, y el clérigo Valerio Macioni, obispo de Marruecos *in partibus*, fué nombrado por la curia romana en 1667 vicario apostólico para los territorios del nuevo soberano. Este fué el origen del vicariato apostólico general de la Alemania del Norte, que hasta los últimos tiempos ha sido el centro de las misiones católicas en estos países (1).

Por lo demás, solo en una mínima parte se cumplieron las esperanzas que la propaganda católica había fundado en este príncipe. Hubo conversiones aisladas, pero Juan Federico no resultó converso apasionado. No soltó las riendas ni a sus monjes y frailes ni a sus pastores protestantes. El hombre instruídísimo a quien llamó a su corte (Leibnitz) y que hizo de ella un centro de erudición y de ciencia, no quiso poner su poder soberano al servicio de una conversión sistemática; y habiendo muerto Juan Federico también sin dejar sucesión masculina en 1679, no tuvo su cambio de religión otras consecuencias directas para la casa de Brunswick. El que efectuó en 1709 el anciano duque Antonio Ulrico de Wolfenbützel, político ambicioso y turbulento, autor afamado de novelas, pertenece ya a otra época y fué únicamente resultado de consideraciones mundanas.

Aunque fueron muchos é importantes estos triunfos de la propaganda católica, hay que confesar que no cambiaron sensiblemente el dominio territorial del catolicismo y del protestantismo. En general ambas religiones conservaron su respectivo dominio. También hubo algunas conversiones notables del catolicismo al protestantismo, las que naturalmente no llamaron tanto la atención como las otras (2).

Habría sido un peligro serio para el dominio del protestantismo de entonces, que las dos grandes casas católicas, la de Habsburgo y la de Borbon, ó sean el emperador Leopoldo I y el rey Luis XIV, ambos bajo la influencia de confesores jesuitas, se hubiesen unido en un plan general y comun de opresión; pero esto fué imposible atendidos los planes políticos encontrados de uno y otro.

Al lado de la lucha abierta ó oculta entre las tres religiones se manifestaron también deseos serios de paz y tentativas de reconciliación.

El deseo de conseguir una inteligencia eficaz entre las iglesias luterana y reformada jamás se ha extinguido completamente en la sociedad protestante. Los peligros de la gran guerra habían resucitado este deseo en los puntos más diferentes. En Suecia y Holanda como en Escocia y Alemania se hicieron esfuerzos en este sentido porque en medio de las disputas teológicas el deseo de paz y concordia encontró también sus profetas y apóstoles. El eclesiástico escocés John Durie (Duraeus) llevó sus esfuerzos de unión a todo el ámbito protestante, y especialmente en Alemania trabajó con celo infatigable hasta su muerte a favor de su propósito (3), aunque con poco éxito. Murió en medio de su obra en el año 1680 en Cassel, donde su protectora la landgravina Eduvigis Sofía, hermana del gran lector, le había dado un hogar para los últimos años de su vida. La concordia entre las dos religiones protestantes interesaba particularmente a aquellos soberanos alemanes cuyos súbditos

(1) Mejer: *La Propaganda*, tomo II, pág. 258.

(2) Gelbke en su obra *El duque Ernesto el Piadoso de Gotha*, tomo II, pág. 175, dice que durante el reinado del duque se hicieron luteranos públicamente en Gotha más de cuarenta frailes y otros clérigos católicos distinguidos. Sería interesante saber pormenores de este hecho, pero al informarme en Gotha se me dijo que las actas á las cuales se refiere Gelbke fueron destruidas hace ya algún tiempo.

(3) A. Stern: *Milton y su tiempo*, tomo II, pág. 268.

eran en parte luteranos y en parte reformados, en cuya situación se encontraba entre otros el landgrave Guillermo de Hesse-Cassel que había reconstituido en 1653 la universidad de Marburgo sobre la base de la religión reformada á la cual pertenecía. Después la paz de Westfalia le dió la posesión de los territorios de los condes de Schaumburg con la universidad luterana de Rinteln. Esto dió lugar á que el landgrave organizara en 1661 una conferencia religiosa en Cassel para ver si podía conseguir una unión en su propio país. En esta conferencia disputaron los teólogos de las dos universidades citadas sobre las diferencias más importantes de doctrina que les separaban, y después de ocho días de discusión, empleando cada día seis horas, los seis teólogos nombrados para el caso convinieron en que las diferencias existentes entre ambas religiones no tocaban á la base de la fe, y que tanto los luteranos como los reformados podían alcanzar la bienaventuranza, por cuya razón era necesario que se pusiera fin á las críticas apasionadas de ambas partes y que se abstuviesen las dos en adelante de anatematizarse desde el púlpito y la cátedra. Los partidarios y custodios inflexibles de la ortodoxia luterana de la Sajonia electoral reprendieron duramente á los luteranos de Rinteln por su concesión perniciosa, pero al fin se consiguió establecer un estado de paz aceptable para los territorios de Hesse-Cassel (4).

Menos afortunado fué el príncipe elector Federico Guillermo de Brandeburgo en sus esfuerzos de concordia. Profesaba la religión reformada, mientras que sus súbditos tanto en la Marca de Brandeburgo como en el ducado de Prusia eran casi todos adeptos de la religión luterana, por lo cual desde el principio de su reinado aceptó la misión de hacer la paz entre las dos religiones protestantes; pero como acabamos de decir, no tuvieron gran éxito sus esfuerzos (5). En ambos territorios prevalecía arraigado firmemente el luteranismo ortodoxo y rígido, con los símbolos de la *Invariata* de Augsburgo y la fórmula de la Concordia, tanto en la población como entre los teólogos, que en su mayor parte eran discípulos de la universidad de Wittenberg. Desde el pase del elector Juan Segismundo á la religión reformada se habían establecido en todas partes comunidades de esta religión, que por lo pronto formaron una minoría que necesitaba la protección del gobierno y de la corte. La Prusia antigua y la Marca de Brandeburgo fueron los territorios donde lucharon más encarnizadamente entre sí las dos confesiones protestantes, anatematizándose una á otra en polémicas y desde el púlpito. El mismo Pablo Gerhardt, el piadoso poeta de cánticos, dijo públicamente: «No puedo mirar como cristianos á los calvinistas.» Otro predicador dijo en Berlín, la corte de un soberano reformado, desde el púlpito de la iglesia de San Nicolás: «Anatematizamos á los papistas, á los calvinistas y también á los discípulos de Helmstadt; anatema sobre los que no son luteranos (6).» Se comprende que los reformados respondieran también por su parte con algunas provocaciones, aunque siempre en términos mucho más moderados, y que el elector y su gobierno no dejaran de favorecer hasta cierto punto á los reformados (7); de suerte que había allí pocas esperanzas de obtener un resul-

(4) Henke: *Historia eclesiástica moderna*, publicada por Gass, tomo II, pág. 335.

(5) *Documentos y actas*, tomo I, págs. 99 y 520. Sus primeras tentativas de concordia en el ducado de Prusia datan de 1642.

(6) Hering: *Notas para la historia de la iglesia reformada en los territorios prusianos y brandeburgueses*, tomo II, pág. 104.

(7) Landwehr: *El estado eclesiástico en la Marca*, en el reinado del gran elector (*Estudios para la historia de Brandeburgo y de Prusia*, publicados por Koser, tomo I, pág. 221).

tado favorable de los esfuerzos en el sentido de la conciliación. Poco después de las conferencias de paz organizadas en Cassel dispuso el gran elector otra análoga en Berlín, donde duraron las discusiones desde setiembre de 1662 hasta mayo de 1663, quedando abandonados los debates como completamente estériles (1).

Después de haber fracasado esta tentativa se empeñó el elector en hacer la paz anhelada durante algún tiempo por medio de disposiciones gubernativas más severas, y así como antes se había prohibido á los estudiantes de teología frecuentar la universidad de Wittenberg, en setiembre de 1664 el elector publicó un decreto prohibiendo de nuevo bajo penas severas lanzar anatemas contra ninguno de los partidos religiosos, imponiendo al mismo tiempo á todos los predicadores, ya colocados, ya pretendientes de colocaciones, la obligación por escrito, bajo pena de perder su empleo, de observar las disposiciones del soberano; pero la ejecución de esta disposición no hizo más que envenenar la contienda. La mayoría de los eclesiásticos se conformó con el mandato del elector, pero otros se resistieron; el ayuntamiento de Berlín y los estamentos de la Marca intervinieron en favor de los eclesiásticos disidentes; varias facultades del extranjero se pronunciaron contra la obligación escrita, y pronto excitó la lucha de Berlín la atención del mundo protestante en general. Algunos eclesiásticos luteranos refractarios y tenaces fueron destituidos, uno de ellos Pablo Gerhardt, diácono de la iglesia de San Nicolás, que además de ser poeta religioso afamado y amable, era teólogo docto, excelente orador sagrado y veneradísimo por sus feligreses. Gerhardt no era de los más apasionados defensores del luteranismo, pero no quiso obligarse por escrito, por lo cual fué destituido.

Cuando el elector se hubo convencido de que por este camino no podía conseguir la paz, que era su objeto, renunció á exigir el compromiso escrito, protestó contra toda acusación de ingerencia en asuntos religiosos, y permitió que desde el púlpito se explicaran las controversias, con tal que se hiciera sin anatematizar á nadie, y conservando siempre la concordia civil. La destitución de Pablo Gerhardt fué revocada; pero por su propia voluntad no volvió á su antiguo puesto, sino que aceptó de la Sajonia electoral un curato en Lubben en la Lusacia. Murió en 1676.

No se llegó, pues, á crear un estado de verdadera paz entre las dos religiones protestantes; y cuando en 1668 llegó á Berlín el mencionado apóstol de la unión religiosa, Durie, se convenció muy pronto de que en Prusia y Brandeburgo no había terreno favorable para sus propósitos conciliadores.

Mejor resultado tuvo la política eclesiástica del gran elector en otro punto: después de largas contiendas y negociaciones con el conde palatino Felipe Guillermo, como soberano de Julich y Berg, consiguió establecer un arreglo religioso en 1672, según el cual los habitantes de aquellos territorios, en parte católicos y en parte luteranos y reformados, llegaron á vivir pacíficamente á pesar de sus creencias y cultos religiosos distintos. Este memorable arreglo continuó en vigor hasta el fin del imperio, estableciéndose en realidad una verdadera libertad de cultos en el país que hasta entonces había padecido más que ningún otro la tiranía y opresión eclesiásticas (2).

En toda la conducta del gran elector en materia religiosa se observa un rasgo de tolerancia elevada, unido á la piedad personal y á la firme adhesión á la religión reformada.

Muy diferente por su origen era la tolerancia que practicó

(1) Hering, tomo II, pág. 117.

(2) Véase la obra de Max Lehmann: *La Prusia y la iglesia católica*, tomo I, pág. 56.

en su país el elector Carlos Luis del Palatinado, que durante su juventud agitada había conocido las formas religiosas más diferentes. Había estado sometido al protestantismo alemán, holandés é inglés, y además había tenido relaciones con los presbiterianos escoceses y con los puritanos ingleses. En la corte de su tío el rey Carlos I había conocido la iglesia anglicana de los Estuardos, y en Francia el catolicismo, sin que ninguna de estas formas religiosas hubiera producido sobre él una impresión particular y definitiva. Era un genio mundano que nada tenía de la pasión religiosa protestante de sus mayores, los antiguos adalides del Palatinado. Su atmósfera intelectual era la de la civilización profana franco-holandesa. Era hombre muy ilustrado, muy escéptico y á veces hasta frívolo; y los intereses religiosos no le ocuparon sino en segundo lugar mientras no tenían importancia política. En la correspondencia que tuvo con su hermana favorita, la duquesa Sofía, y con su querida y luego esposa en segundas nupcias Luisa de Degenfeld, jamás se observa un acento religioso grave; pero para Descartes y Spinoza tuvo las mismas simpatías que su hermana. Su convicción religiosa general, pero poco profunda, era en el fondo cristiana protestante, sin interesarse particularmente ni en concepto teológico por ninguna de las diferentes religiones cristianas, como hombre dedicado solo á los intereses de la política interior y exterior, á los placeres de la vida, á las alegrías y los pesares domésticos y de familia.

Este modo de pensar fué la base de su tolerancia religiosa como soberano. Apenas hubo vuelto á su país, se apresuró á restituir á la iglesia reformada su primitivo derecho y su antiguo territorio; los curas expulsados regresaron, las parroquias fueron ocupadas de nuevo por sus predicadores y se restableció el antiguo predominio de la religión reformada conforme lo exigió el espíritu de los habitantes. También concedió á los luteranos y católicos de su país lo que les correspondía en justicia y aun algo más de lo que exigía la paz de Westfalia, moderando el celo excesivo de los pastores de la iglesia reformada dominante y resistiendo al mismo tiempo las exigencias injustas de los representantes de las otras religiones. En su capital Heidelberg cedió á los luteranos una iglesia; y aunque personalmente indiferente en la contienda entre las dos religiones protestantes, siempre trabajó en favor de su unión. En general mantuvo durante su reinado entre las tres religiones una situación pacífica hasta donde lo permitió el espíritu belicoso y polemista, y en el imperio tenía el Palatinado fama de ser asilo hospitalario para todos los perseguidos como país en el cual se toleraba toda clase de religiones (3).

Hacia el fin de su vida tomó Carlos Luis la resolución de facilitar á lo menos en un solo punto un centro de propagación de la concordia eclesiástica en su país. En el castillo de Mannheim construyó una iglesia que dedicó á la «santa concordia» (4). Esta iglesia debía servir, según la voluntad del elector, al culto de las tres religiones por igual; y para el uso de luteranos y reformados hizo componer una nueva *Agenda de Concordia*, que por lo pronto debía emplearse solo en esta iglesia, pero que, según él esperaba, se introduciría gradualmente en todo el país, realizando así de un modo práctico la deseada unión. También se propuso facilitar así la conciliación con los católicos, tanto que en la solemnidad de la colocación de la primera piedra figuró un

(3) Wundt: *Ensayo de una historia de Carlos Luis*, etc., Ginebra, 1786, pág. 146; *Suplementos*, pág. 42; Grimmelshausen: *El moro extravagante*, publicado por Tittmann, Leipzig, 1876, pág. 216. El autor no cita el Palatinado, pero es evidente que se refiere á este país.

(4) Gothein: *Mannheim en el primer siglo*, pág. 205.